

Manuel María Molina De La Hoz

El perrito
Mury

***Copyright © 2008 por Manuel Molina De La Hoz.
Todos los derechos reservados.***

Para Dios y su Hijo amado Cristo.

Tabla de contenido

<i>Introducción</i>	9
<i>Aldrín y Mury</i>	16
<i>En el Kiosco de don Abundio</i>	25
<i>El anillo de oro</i>	32
<i>El kiosco de Aldrín</i>	38
<i>El extravío de Mury</i>	42
<i>En la casa de Alicia</i>	46
<i>En el sueño de Alicia</i>	54
<i>La idea de Alicia</i>	64
<i>La tristeza de Aldrín</i>	76
<i>El paseo de Mury</i>	82
<i>La inscripción de Mury en el concurso</i>	95
<i>Mury y la mariposa dorada</i>	114
<i>El reencuentro de Aldrín y Mury</i>	126
<i>El entrenamiento de Mury</i>	137
<i>Un afortunado rescate</i>	143

<i>Las preliminares del concurso</i>	150
<i>En el sueño de Aldrín</i>	164
<i>El gran concurso</i>	168
<i>La perrera municipal</i>	182
<i>Mury, su nuevo hogar y su nuevo nombre</i>	192
<i>Mury y los tres ratoncitos</i>	201
<i>Mury cuenta su historia</i>	204
<i>Apéndice</i>	214

Introducción

Ésta es la historia de un perrito que nació de una perra que nunca tuvo dueños y que siempre vivía en las calles. Saya, la perra sin dueño, tenía como acompañante a una vieja anciana que también vivía en las calles y que mendigaba unos pocos pesos para poder comer y vivir en esta vida llena de tantas injusticias y desmanes. La anciana, sentada en el suelo, junto al rincón, sin esperanza de nada en un viejo callejón sin salida, respiraba los últimos hálitos de vida que le quedaban a la desgraciada viejecita. Saya era su única acompañante, pero que no podía hacer nada por su vida. La asmática vieja miraba por última vez a su querida amiga fiel e inseparable, como dándole el último adiós sin decir palabra alguna. Saya, sin entender la señal, lamía varias veces la mano de su vieja amiga que ya partía de esta tierra para nunca más volver y aun así salir de un mundo cruel y perverso, lleno de mucho dolor y sufrimientos. Pero Saya volvía a quedar sola en este planeta convulsionado por las injusticias y los atropellos sin causa. – *«La vida es injusta y llena de dolor y de sufrimientos»* –. Pensó Saya. – *«Es mejor no haber existido, que existir y ver tanto dolor y sufrimiento. Aun a los que más queremos,*

desaparecen sin decir nada y sin manifestar cosa alguna» –. Al día siguiente estaba la ambulancia recogiendo los restos fúnebres de la anciana, que había sido hallada por un transeúnte que pasaba por el lugar y había sentido el fuerte olor fétido que provenía del cuerpo sin vida de la ya desaparecida viejecita. El hombre, que pasaba por aquel lugar, había dado aviso a las autoridades para que se hicieran cargo de aquel triste episodio fúnebre de la anciana sin vida y que ya estaba entrando en una etapa de descomposición. Mientras tanto, Saya observaba desde lejos como los enfermeros metían en una gran bolsa negra a la que fue por dos largos años su compañera de penurias y desgracias, para ir a parar en una fosa común como cualquier N.N. De repente, Saya da un fuerte aullido muy profundo como si fuera una loba en un bosque y en plena luna llena. Pasados cinco meses desde la desaparición de su vieja amiga, Saya recorría las calles buscando que comer y donde iba encontraba personas comiendo y ésta velaba, esperando que le lanzaran un poco de bocado de lo que estaban las personas comiendo, pero lo que recibía eran insultos y espantos de la gente; sacudiéndola y echándola a patadas. Saya se iba en busca de comida a otros lugares, pero no encontraba nada. Luego, Saya muy sedienta y cansada, ve un pequeño charco de agua y decide saciar su sed y su hambre bebiendo un poco de agua, para así calmar no solamente su sed sino también su hambre. Saya se acerca al charco con agua y comienza a lamer el preciado líquido que hasta ese momento era lo único que podía calmar su sed pero no su hambre. Al cabo